

## STALIN Y LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN LA URSS

(Una reseña del libro de Roy A. Medvedev y Zhores A. Medvedev, *El Stalin desconocido*, Planeta de Agostini, Barcelona 2006. Editado en Crítica en 2005. Traducido por Javier Alfaya y Javier Alfaya McShane)

**Pablo Huerga Melcón**

IES Rosario de Acuña, Gijón

---

1. La primera vez que oí hablar de los autores de este libro, Zhores y Roy Medvedev, fue leyendo las *Memorias* de Andrei Sajarov, donde menciona su importante papel en el desarrollo del movimiento de disidencia antisoviética a favor de los derechos humanos durante los años sesenta. Zhores A. Medvedev es autor también de un importante trabajo sobre el caso Lisenko, desgraciadamente aun no traducido al español, así como de otros muchos trabajos importantes relativos a la historia de la ciencia y de la técnica en la URSS, política, etc. El hecho de que se trate de personajes relacionados con la disidencia antisoviética hace que este libro resulte particularmente interesante, debido al enfoque que utiliza y a los datos que aporta, verdaderamente impresionantes. No es el primer caso de disidentes antisoviéticos que, a pesar de ello, son capaces ahora de hacer una valoración de los acontecimientos que tuvieron lugar durante el período de existencia de la URSS sobreponiéndose a los prejuicios occidentales, y a los clichés con los que se suele juzgar todo ese período. Si, además, es capaz de remontar muchas afirmaciones falsas y desbancar teorías montadas y orquestadas por los mismos prejuicios ideológicos, como es el caso del presente libro, el trabajo adquiere un especial interés.

A diferencia de Alexander Zinoviev, el filósofo disidente y autor del libro *La caída del imperio del mal* (Bellaterra, Barcelona 1999), los autores no pretenden manifestar ninguna nostalgia sobre el pasado, ni tratan, como aquel, de legitimar o justificar lo que ocurrió sobre la base de ridículas teorías étnicas como la de la supuesta “cosmovisión” del campesinado ruso, que estaría detrás de los atroces comportamientos del poder soviético. Ridículas y absurdas explicaciones que no tienen ningún valor, más que la apelación a misteriosas motivaciones “telúricas” para justificar comportamientos que requieren explicaciones materiales más concisas y que en este libro, afortunadamente, abundan. El método sigue siendo igual de eficaz.

Los autores miran al pasado a través de una impresionante cantidad de documentación con el fin de reconstruir los acontecimientos, y sobre todo con el propósito de derrumbar algunos ridículos mitos innecesarios preestablecidos sobre lo que fue la Unión Soviética, y particularmente, su principal dirigente, Yosif Visarionovich Yujashvili, alias Stalin. Mitos como la

muerte de Stalin y su posible envenenamiento, mitos como aquellos que Jruchov esgrimió para desacreditarle y asegurar su propia posición en el XX Congreso del PCUS: nos referimos al asunto del supuesto acobardamiento de Stalin en los primeros días de la invasión alemana de 1941; o el supuesto error estratégico de Stalin en los primeros momentos de la invasión alemana. Mitos también como los que se refieren a la propia capacidad del sistema socialista soviético para poner en marcha planes productivos como el de la bomba atómica o la de Hidrógeno.

Con implacable honradez nos desvelan muchos aspectos de la vida política de Stalin que ideologías baratas, y muchas campañas de tergiversación, habían dejado en el olvido. Como se pone de manifiesto en el libro, a pesar, incluso, de la apertura de los archivos secretos, que tanto se cacarea, los historiadores no son capaces de superar los prejuicios y mitos históricos que el tiempo ha conseguido que interioricemos. Como ellos mismos dicen: “Stalin fue un gobernante, un dictador y un tirano. Pero tras el manto del culto a la personalidad del déspota también había un personaje de carne y hueso. Sin duda fue cruel y vengativo pero también tenía otras cualidades: Stalin era un hombre reflexivo, calculador y muy trabajador que poseía una voluntad de hierro y una considerable capacidad intelectual; era, sin duda un patriota preocupado por mantener la hegemonía del estado ruso. Éste es el “Stalin desconocido” que es objeto de nuestro libro. A Stalin únicamente se le puede entender dentro del contexto de aspectos todavía inexplorados de su vida y actividades. Los acontecimientos analizados en este libro no se han examinado detalladamente en ninguna de las biografías existentes. La disponibilidad de nuevo material (y que no quepa la menor duda de que aparecerá más en el futuro) nos presenta la oportunidad de revisar ciertos estereotipos y ampliar nuestros conocimientos en torno a sucesos polémicos de nuestro pasado reciente”.

Aunque el libro viene firmado por los dos hermanos, probablemente las partes referidas a la historia de la ciencia y de la técnica en la URSS han estado más bien a cargo de Zhores Medvedev, de formación científica y una amplia trayectoria profesional, mientras que las dedicadas a aspectos políticos, militares y filosóficos tal vez pueden atribuirse a Roy Medvedev, de formación filosófica. Aunque rusos, nacieron en Tiflis, ciudad que hoy se ha puesto de moda por una de esas situaciones que desde la caída de la URSS resulta cada vez más incomprensible y extravagante, que tiene como responsables a los gobiernos de las repúblicas exsoviéticas. Aunque en diversas partes del libro podemos ver quién es el autor que está redactándolas, nos referiremos siempre a los dos autores, puesto que decidieron firmar conjuntamente su libro. El enfoque y la aportación de cada uno al estudio de Stalin hace que precisamente el resultado sea algo verdaderamente interesante, un estudio sobre aspectos de este personaje que nunca suelen aparecer vinculados de una manera tan exhaustiva y articulada como la que podemos disfrutar en el presente libro, particularmente interesante es todo lo que se refiere a las cuestiones de historia de la ciencia y de la técnica.

No lo hemos dicho aun, pero se trata de un libro excepcional, interesantísimo, y absolutamente recomendable. Muy bien escrito y traducido, bien tramado. Una obra de historia que, a pesar de la aridez de todo el aparatage documental, pueda ser leída como un buen guión, con una impresionante calidad dramática. Sorprenden los datos aportados, las novedades documentales, la minuciosidad de las reconstrucciones históricas, así como la perspectiva general que encadena con rigor toda esa serie de tramas urdidas bajo las banderas del marxismo y bajo el peso de la implacable rigidez del estado soviético.

Como suele suceder, la realidad de lo que fue la Unión Soviética supera ampliamente lo que la ficción pudiera llegar a inventarse, y tal vez sea este el *leit motiv* de todo el libro, esto es, tratar de mostrar que con un mero análisis histórico, serio y riguroso, y dejando de lado todas las invenciones absurdas y mitos innecesarios, todavía los acontecimientos pueden dejarnos una historia verdaderamente increíble, aun más sorprendente. El personaje es ya prácticamente un misterio, y la Unión Soviética, Rusia y las repúblicas exsoviéticas, y sus relaciones, lo son más todavía.

Escribo esto a cinco días de la muerte de Solzenitsin, y a dos días de la invasión de Rusia en Georgia, muy cerca de la ciudad en la que nació Stalin, Gori, y donde aun hoy se puede visitar un museo sobre su vida. Ciertamente, la revolución no fue completa, la soviétización fue insuficiente, la rusificación demasiado tímida, y los problemas que justificaron la revolución siguen sin resolverse. Demasiadas ocasiones perdidas para ahora destruir a cañonazos la vida de quienes durante 70 años fueron hermanos en la idea más ambiciosa de la historia.

Precisamente, la lectura de los acontecimientos actuales, al igual que la de los acontecimientos que narra este libro, o el *Archipiélago Gulag* de Solzenitsin, las memorias de distintos personajes que vivieron esa época, etcétera, aunque ayudan a comprender lo que ocurrió y lo que está ocurriendo, también nos sumergen aun más en la profundidad del misterio que se esconde tras las fronteras de Ucrania y Bielorusia, allende el Volga, los Urales, o Siberia. No es posible hacer un juicio definitivo sobre lo que fue la URSS, pero no hay duda de que su historia “breve” y su final inesperado permiten una valoración ponderada contra los mitos que se han ido asumiendo en occidente. En cualquier caso, los autores utilizan la perspectiva más apropiada para un trabajo histórico de estas características, la reconstrucción y valoración de los acontecimientos que narran desde la perspectiva del presente, esto es, en función de las consecuencias actuales de aquellos hechos. El fin de la Unión Soviética y sus consecuencias resulta ser una perspectiva extraordinaria para llevar adelante una valoración histórica, en la que precisamente Stalin, y contra lo que podría hacernos suponer el conjunto de prejuicios que se han creado en torno a él, no sólo no queda mal parado, sino que la imagen resultante se acerca bastante a algunas de las cosas que constituyeron lo que se llamó el “culto a la personalidad”.

Seguramente se podría decir que este tipo de revisión histórica en la Rusia actual puede venir propiciado por el interés que Vladimir Putin ha manifestado por recuperar el orgullo “soviético”, pero eso no hace menos interesante el resultado. En todo caso, el análisis histórico riguroso tiene que contribuir a dar a cada uno lo suyo, como se puede observar en esta obra de los hermanos Medvedev.

2. La primera parte del libro está dedicada a los últimos días de Stalin. Impresionante investigación y relato, que deja en ridículo todas las posibles ficciones acerca del asunto. Uno se sorprende al leer los acontecimientos que tienen lugar en el momento de la muerte del dictador. Los autores hacen frente a la tradicional teoría del envenenamiento, tan apropiada para establecer vínculos más o menos conscientes entre la URSS y el Imperio Romano, vínculos estrictamente superficiales, aunque en los dos tengan, por supuesto, muchos más elementos en común de lo que pudiera parecer a simple vista. Los autores ofrecen un estudio exhaustivo y muy bien documentado acerca de la salud de Stalin desde el año 1923, para pasar posteriormente a reconstruir el extraordinario suceso del ataque de apoplejía que sufrió el domingo 1 de marzo de 1953. El relato, los testigos, los testimonios directos e indirectos, ponen de manifiesto las profundas tensiones que se vivían en la cúpula del poder de un sistema político en el que todo se decide por medio de intrigas palaciegas de lo más repugnantes, tal como seguramente ocurre en el seno de cualquier partido político moderno, pero donde faltaba totalmente cualquier tipo de refrendo popular -el que buscó el insensato Jruchov para derribar la imagen de Stalin, por ejemplo. Malenkov, Beria, Bulganin, Jruchov pasaron una noche muy ajetreada seguramente tratando de repartirse el poder que quedaría vacante con la indisposición irreversible de Stalin. Los autores plantean una reconstrucción de los hechos plausible, en función de las intrigas que mantenían entre sí los principales personajes de la escena, sin necesidad de recurrir al argumento del asesinato. Mientras que los movimientos realizados por todos en el período de silencio que se abre el domingo 1 de marzo por la mañana, representan una danza macabra entre los aspirantes al poder.

El análisis de la situación creada tras el ataque sufrido por Stalin lleva a los autores a regresar a los preparativos del XIX Congreso del PCUS en el que aquel había estado urdiendo toda una serie de reformas con el fin de asegurarse que su heredero no fuera ninguno de los aspirantes mejor situados en la línea de sucesión, ninguno de los cuales tenía la formación filosófica marxista necesaria para afrontar la responsabilidad de estar al frente nada más y nada menos que del Partido Comunista de la Unión Soviética, el PCUS. Al parecer, quería renovar todas las instituciones con gente nueva. En la reunión del Comité Central celebrada el 16 de octubre de 1952, y después del impresionante relato sobre la propuesta de Stalin de abandonar la Secretaría general del Comité Central -que animo a leer-, Stalin sacó una lista del bolsillo en la que figuraban los nombres de los que él proponía como los nuevos 25 miembros y 11 candidatos a miembros del Presidium del Comité Central.



Los autores citan los comentarios que personajes como Sepilov o Jruchov hicieron en sus memorias de estos acontecimientos. Aquella lista había dejado a todos estupefactos. Nadie sabía con quién y en función de qué criterios Stalin había preparado esa renovación política. Jruchov incluso afirmaba en sus *Memorias* que ni el mismo Stalin conocía todos los nombres allí referidos. Según los autores, uno de los nuevos miembros era el que le había ayudado a Stalin a realizar la lista, y era también el elegido para sucederle en el poder. De hecho, en el libro hay un capítulo entero dedicado a argumentar una tesis muy interesante según la cual un personaje tradicionalmente valorado como una figura de segunda fila dentro de la jerarquía del partido, era quien realmente Stalin pretendía que fuera su sucesor; un personaje que, al parecer, fue capaz de sobrevivir a esta elección entre el resto de los aspirantes, particularmente, Malenkov y Beria, gracias a su propia habilidad y a que siempre permaneció en un lugar poco destacado, aunque no por ello menos influyente. Se trata de Mijail Suslov. Nunca llegaría a alcanzar la jefatura del partido, pero, gracias a sus propias habilidades supo mantenerse en la cima del poder hasta el final de su vida. Otros aspirantes anteriores, como Voznesenski, fueron víctimas de esa pareja diabólica, Beria y Malenkov, aunque -como señalan los autores- “en ocasiones en las que se veía envuelta una personalidad tan relevante, sólo podía ser Stalin quien tomase la iniciativa” (pág. 62). Sobre este asunto, resulta impresionante el careo citado en el libro entre Jruchov y Bulganin, y Malenkov (pág. 63).

Ciertamente, lo más difícil era encontrar a un sucesor para la dirección del partido, pues este puesto requería no sólo cualidades organizativas, sino también una formación seria en el marxismo, además de una convicción ideológica férrea, etc. Alexander Shcherbakov, (el Göbels ruso), fue uno de los posibles herederos, y posteriormente también Zhdanov. Todos ellos fueron responsables de la sección de agitación y propaganda. También Suslov asumiría esta responsabilidad, tras la muerte de Zhdanov, como secretario del Comité Central responsable del área ideológica. Su impresionante trayectoria y el papel que jugó en la soviétización de las repúblicas bálticas y otros países del este tras la guerra, su papel como “agente secreto” de Stalin, etc., lleva a los autores a confirmar que fue “el que dictó la estrategia de la guerra fría”. La circunstancia de mantenerse fuera del Politburó, aunque dentro del Comité Central, le ayudó a afianzar su poder pasando mucho más desapercibido. Tras la muerte de Stalin y la destitución de Jruchov, fue “el auténtico secretario general del PCUS” a la sombra de Brezhnev.

Si el capítulo dedicado a Suslov resulta revelador en muchos aspectos en lo que se refiere a las intrigas y las tensiones en la cúpula del poder a la muerte de Stalin, el capítulo dedicado a los archivos de Stalin tiene un incuestionable valor por lo que se refiere a la actualización de toda la documentación con la que cuentan hoy por hoy los historiadores para estudiar esta parte tan importante de la historia soviética. El capítulo analiza los archivos con los que se cuenta, valora los que se pudieron haber perdido, y rastrea el destino de los archivos arrojados en medio del oleaje político de aquellos tiempos. Los archivos personales de Stalin -que como se sabe vivía por entero entregado

a su trabajo-, hubieran sido ciertamente con el paso de los años una inestimable fuente de información sobre los entresijos del poder político, cómo nace, cómo se establece y se mantiene una figura de este tipo, etc. Sin embargo, la crudeza de los procedimientos y la consciencia de la responsabilidad en terribles crímenes trajo consigo la pérdida de muchos de estos inestimables documentos. Sus herederos políticos procedieron a destruirlos. Esta circunstancia permite a los autores hacer una valoración de los llamados crímenes de Stalin desde un punto de vista menos personal y reconocer la complicidad colectiva y generalizada en aquellos acontecimientos. De hecho, el propio Stalin guardaba buena cuenta de la implicación de sus camaradas en sus decisiones.

La destrucción de documentos ha sido una práctica habitual en la URSS y supone una gran pérdida en muchos aspectos, no sólo políticos, sino científicos. Al parecer, cuando algún político o intelectual era detenido, sus documentos eran confiscados, y posteriormente destruidos. El libro comenta, entre otros, un caso verdaderamente sangrante, el de Nicolai Vavilov, cuyos archivos fueron quemados; entre ellos había 90 cuadernos de notas de sus expediciones botánicas por el mundo (pág. 75), mapas y libros manuscritos inconclusos. Todo lo quemaron estos irresponsables -Beria en este caso. Resulta vergonzoso comprobar la forma de proceder de estos monstruos, y más lamentable aun recordar las cartas que Vavilov escribió desde la cárcel a esa sanguinaria hiena para que le salvara.

Como prueba de lo que hubiera dado de sí aquella documentación que Stalin acumulaba en la dacha de Kuntsevo, por ejemplo, están las cinco cartas que por casualidad llegaron a la posteridad, tal y como cuenta Alexei Snegol. En una de ellas, de 1923, Lenin le exigía a Stalin que pidiera disculpas a la Krupskaja; otra, la última de Bujarin, escrita poco antes de morir fusilado, terminaba preguntándole a Stalin: "Koba, ¿qué necesidad tienes de que yo muera?" (pág. 78). Otra era de Tito, del año 1950, en la que le pedía que dejase de enviar asesinos para matarle.

También se nos informa de la serie de documentos que por diversas razones se han conservado, entre ellos, los que el mismo Stalin facilitó a los archivos del partido y del ejército y a los ficheros especiales, actualmente incorporados al Archivo Presidencial de la Federación Rusa -que también contiene documentos secretos procedentes del Politburó, y de los ficheros especiales, y parte del archivo del KGB y algunos documentos personales de Stalin.

Por otra parte, entre los fondos perdidos destacaría el archivo personal de Stalin. Un archivo formado por toda la serie de documentos resultante de la red paralela de investigadores con la que contaba él personalmente, y que le permitió siempre mantener un control férreo sobre sus rivales. En la página 90 se comenta el caso de las condenas, destituciones, y degradaciones que Stalin aplicó a varios de sus principales generales destacados en la Guerra Mundial, una vez que esta hubo terminado. Aunque siempre se ha dicho que esto se debe a las envidias de Stalin, los autores demuestran que esta interpretación es errónea, puesto que todos ellos habían sido investigados

por los agentes del MGB, investigaciones que pusieron de manifiesto que efectivamente habían procedido a apropiarse de muchos bienes robados a Alemania tras la guerra, en vez de entregarlos al Estado, como era su deber. El mariscal Golovanov se llevó, aprovechando su jerarquía, toda la casa de campo de Göbbels en porciones. Zhukov y otros hicieron lo propio, y fueron castigados. En general, se nos abre los ojos sobre el fenómeno del saqueo posterior a la derrota de Alemania, un tema en el que no se suele reparar, y se aportan datos que modifican ampliamente la percepción común de aquellos acontecimientos.

El archivo incluiría también su correspondencia personal, que debió de ser muy abundante. Algunas de las cartas se recuperaron, como la colección correspondiente a las cartas que Stalin envió a Molotov entre 1925 y 1936, y que ha sido editada en 1995. El análisis permite abandonar el misterio de por qué Molotov no entregó más cartas de otros años. En efecto, algunos han supuesto que podría deberse a la implicación de Molotov en el *gran terror*. Los autores se inclinan por la tesis de que Stalin no envió cartas simplemente porque no dejó de trabajar. Stalin enviaba estas cartas precisamente cuando se ausentaba de Moscú y quedaba Molotov como responsable de las principales instituciones. Las cartas de Molotov a Stalin sin embargo, como todo lo que estuvo en sus manos, fueron destruidas. Los archivos de Kalinin, Ordzhonikidze, Kirov, Mikoyan, Kuibishev, Kaganovich, y Voroshilov también incluyen cartas de Stalin, de modo que podemos hacernos una idea de mucho de lo que se ha perdido.

Por otra parte, el libro hace referencia al abundante número de cartas que fueron enviadas a Stalin desde todos los estratos de la sociedad soviética, - como decía Bujarin, era una costumbre arraigada ya desde la época de Lenin. Al parecer, Stalin ponía atención en las cartas provenientes de personajes de la *intelligentsia* rusa, autores, cineastas, y ya a partir de 1945, también de científicos. Kapitsa, por ejemplo, le escribía a menudo. Muchas de estas cartas han sido publicadas en 1989 con el título, *Cartas sobre la ciencia*. De todas ellas, sólo se encontró una original, y no en los archivos de Stalin, sino en los del NKVD; escrita el 28 de abril de 1938, en ella Kapitsa le pide que se haga algo contra el arresto de Landau que, con 28 años, era uno de los grandes físicos soviéticos. Muchas de las cartas escritas en los años 30 eran cartas de denuncia contra distintos personajes, por ejemplo, en el archivo del Politburó se encontraron muchas denuncias contra Nicolai Vavilov. Desgraciadamente los autores no nos informan acerca del contenido de estas acusaciones, dando seguramente por descontado que su contenido es falso. Sí se han conservado los libros de visitas del despacho de Stalin en el Kremlin. Estos documentos han ayudado a la reconstrucción de importantes acontecimientos en la historia de la URSS, como se puede comprobar con la lectura de este libro. El destino de la biblioteca de Stalin también se estudia en el libro y, como todo lo demás, resulta desolador. De los 20.000 volúmenes con que contaba la biblioteca, sólo se conservan unos 400 libros con anotaciones de Stalin que están en el archivo del RTsKhIDNI (Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos de la Historia Reciente).



Una vez visto y valorado el estado de los archivos de Stalin, de los que se conservan así como de todos aquellos que se supone que existieron y desaparecieron, los autores reconstruyen cómo debió de procederse en la destrucción de todo ese material, haciendo una labor crítica fundamental contra historiadores como Volkogonov, y otros. Aquí la historia deja de ser historia comparada, valoración de fuentes y documentos, para ser de nuevo relato, e intriga.

Según Volkogonov, habría sido Beria el principal responsable de la destrucción de todos los materiales, tanto de los de la dacha de Kuntsevo, como de los del despacho del Kremlin, y su caja fuerte. Volkogonov fue el primero en señalar la responsabilidad de Beria en lo que se refiere a esa caja fuerte de Stalin, apuntando que seguramente fueron destruidos en el último lance de la vida de Stalin, después del ataque del 1 de marzo de 1953. Sin embargo, los testimonios recogidos por Roy Medvedev, grabados durante tres días de conversaciones con Alexei Snegov y Olga Shathvoskaya, permiten hacer una reconstrucción impresionante de los acontecimientos. Malenkov, Beria y Jruchov fueron designados el día 5 de marzo de 1953 para “revisar los papeles de Stalin”, en una reunión conjunta del Comité Central, el Consejo de Ministros, y el Presidium del Soviet Supremo. Poco después del funeral, el 10 u 11 de marzo quemaron, “sin mirar”, todos los papeles de la caja fuerte. Posteriormente, también los archivos de los camaradas de Stalin serían parcialmente destruidos, a medida que morían, empezando por los de Beria. El caso de los papeles de Mikoyan es verdaderamente sangrante pues, disponiendo de una enorme cantidad de documentos que se remontaban a los inicios de la URSS, todos ellos fueron cribados y desaparecieron por órdenes de Konstantin Chernenko en 1978.

Fue tal el miedo y el interés por hacer desaparecer cualquier documento comprometedor, que ni siquiera los herederos de Stalin pudieron recuperar sus pertenencias. A sus hijos vivos, Svetlana y Vasili, les fue prohibido el acceso a los aposentos de su padre una vez muerto.

La valoración general de los autores con relación al tema de la desaparición parcial de los documentos de Stalin es que si bien para los historiadores supuso una gran pérdida, para la URSS ayudó a la superación del estalinismo, porque se evitó que aparecieran cosas parecidas a lo que fue el testamento de Lenin, que hubiera provocado todo tipo de incómodas situaciones -por decirlo de alguna manera. Lo increíble, en todo caso, es que ni siquiera el que se supone había sido elegido para sucederle, Mijail Suslov, conservó documento alguno que pudiera haber significado alguna orientación o testamento con relación a sus seguidores, pero es evidente que muerto Stalin, ninguno de los que estaban en su entorno más cercano era capaz de seguir el proyecto de Stalin, lo que pone de manifiesto el carácter excesivamente personal e impredecible de su proyecto, contra la doctrina marxista que animó la revolución. Creo que los relatos de este y otros muchos libros, sobre lo que ocurrió durante su época, nos permiten afirmar sin ironía que *Stalin (y el estalinismo) es la negación ontológica del*



*materialismo histórico como doctrina política.* Ahora bien, una cosa es que se ponga de manifiesto que un proyecto político e histórico tiene un carácter personal e indeterminado, y otra bien distinta decir que toda la responsabilidad está en esa figura, negándosela a los miles de cómplices que verdaderamente hicieron posible ese proyecto político, tal y como ocurrió en la URSS de Stalin, o en la Alemania de Hitler. En todo caso, y para no seguir con estas comparaciones tan al uso, al menos el proyecto de Stalin libró al mundo de la amenaza telúrica y atávica del paranoico nazismo alemán. Los alemanes fueron derrotados, sin embargo la URSS más que ser derrotada lo que ha hecho es arrepentirse de sus actos. La novela de Vasili Grossman, *Vida y destino*, (recientemente publicada en español) pone de manifiesto precisamente la responsabilidad colectiva de toda la sociedad soviética. Una sociedad –como se dice a veces- en la que para sobrevivir, esto es, para no ser acusado, era necesario acusar.

La primera parte del libro termina con otro ensayo interesante sobre el famoso XX Congreso del PCUS de 1956, donde, a tres años de su muerte, Jruchov inventó una imagen de Stalin adecuada a sus propios intereses políticos, echándole toda la culpa de los actos en los que también él y sus camaradas habían participado. La historia de este congreso y sus consecuencias va más allá de las intenciones de Jruchov, y tuvo efectos positivos en lo que se refiere a la cancelación del *gulag*, y la rehabilitación de cientos de miles de víctimas, pero generó una imagen falsa de Stalin convirtiéndolo en una especie de monstruo capaz de todas las atrocidades y mezquindades, que si fueron ejecutadas, sin duda fue por el apoyo masivo de grandes cantidades de personas responsables del partido en todas las regiones y niveles jerárquicos, como decíamos más atrás.

De hecho, no hay más que echar un vistazo a las actas de las sesiones del Comité Central que se han ido publicando en diversos libros, como por ejemplo, el de J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, (Crítica, Barcelona 2001) para darse cuenta del grado de engolfamiento en el que estaban instalados, de la profunda paranoia que los atenazaba. En este libro se puede leer el tono y el estilo de los oradores de la época, y se puede calibrar la ferocidad y el ansia de sangre de cualquiera de los líderes que matando y muriendo jugaron su papel en la época. En una de aquellas sesiones un tal Mezhlauk dice, refiriéndose a Bujarin y Rikov: “lamentables cobardes, cobardes y ruines. No hay sitio para vosotros ni en el Comité Central ni en el partido. El único lugar apropiado para vosotros [los opositores de derecha, Bujarin, Rikov] son los órganos de investigación, ante los cuales sin duda hablaréis de otro modo, porque aquí, ante el pleno, habéis carecido del coraje más elemental, el que uno de vuestros propios discípulos, llamado Zitsev - pervertido por vosotros-, tuvo cuando dijo, en referencia a sí mismo y a vosotros: “soy una víbora y le pido al poder soviético que me extermine como a una víbora”; Bykin dice “Es necesario que reciban el mismo castigo reservado a sus cómplices y amigos durante el primer y el segundo juicio de los trotskistas y los zinovievistas. Es necesario que los derechistas sean eliminados igual que lo fueron los trotskistas...” etc. Vlas Chubar dice

“Cuando leí la nota de Bujarin relativa a las acusaciones formuladas contra él, me dio tanto asco como si me encontrara ante una serpiente, una víbora.” Son trozos de discursos e intervenciones en el pleno de febrero-marzo de 1937 ante Bujarin, y Rikov, que estaban presentes también, y se pueden leer entre las páginas 300 y 305 del libro citado. Reducir el asunto a un problema personal entre Stalin y Bujarin es negarse a comprender unos hechos que suponen la complicidad general de la sociedad y del partido en particular.

Jruchov, contra lo que parecía, favoreció la difusión del supuesto discurso secreto en una evidente estrategia de autodefensa. Pero tampoco fue obra suya solamente, o iniciativa estrictamente personal. Como comentan los autores, ya desde la muerte de Stalin en 1953 se estaba produciendo toda una serie de cambios y rehabilitaciones que hacía inevitable que el PCUS en algún momento dijera algo al respecto. Muchos antiguos miembros del Comité Central habían sido rehabilitados en 1955, de modo que era necesario hacer alusión al asunto de la represión.

Ciertamente, el efecto del discurso de Jruchov ha sido estudiado en muchos países, pero muy poco en lo que se refiere a las consecuencias que tuvo en la sociedad soviética. Gracias al libro podemos hacernos una idea de lo que significó. El discurso se leyó en todas las reuniones y asambleas de partido, por todas partes, a lo largo y ancho de la URSS, durante meses. Muchas de las intervenciones que tuvieron lugar en esas reuniones insistían en la necesidad de recuperar los valores comunistas, ampliamente abandonados por Stalin, según el informe Jruchov. Los autores comentan cómo se llevó a cabo la cancelación de gran parte del archipiélago *gulag*: Kolima, Vorkutá, Carelia, Siberia, Kazagstan, Mordovia, Urales y Primorie. Sin embargo, y a pesar del verdaderamente profundo proceso sociopolítico abierto con el discurso de Jruchov, todavía continuó existiendo el sistema de campos de trabajo del Ministerio de la industria ligera, que era el ministerio responsable de la industria militar nuclear y de las minas de uranio, y los archivos de la “administración especial” que se ocupaba de esos campos, aun no se han abierto hasta la fecha (pág. 126).

El caudal de casos concretos y testimonios derivados del proceso de rehabilitación es descrito en el libro con cierto laconismo, pero da una impresión impactante, desde luego, aunque muchísimas injusticias quedaron definitivamente sin resolver. No hubo juicios contra los torturadores, muchos quedaron sin rehabilitar durante años, nunca se reveló el nombre de los que denunciaron con falsos testimonios, etcétera. Los incidentes entre torturados y torturadores son verdaderamente llamativos (pág. 128). Fue entonces cuando autores como Solsenitsin, Shalanov, Yevgenia Ginsburg, Simen Gazanian empezaron a recrear literariamente aquella experiencia atroz.

Un número tan enorme de condenas, ejecuciones y penas de cárcel de todo tipo, pueden desorientar a quienes ponen atención en este asunto por primera vez. Resulta tremendamente difícil comprender el grado de injusticia y arbitrariedad aplicado en el modelo de justicia soviético que, muchas veces y de manera creo que muy apropiada, se ha asemejado al modelo de la

Inquisición -como ya hiciera el propio Bujarin en su la famosa carta que memorizó su mujer, Larina. Nótese: una semejanza que si bien podría subrayar el carácter arcaico del sistema soviético, también muestra el grado de eficacia y el carácter estatal y moderno de una institución como la Inquisición. La lectura del libro de Alexander Solzenitsin, *Archipiélago Gulag*, es una manera especialmente apropiada de iniciarse en la comprensión del sistema judicial soviético y su forma arbitraria de proceder. Este “ensayo literario de investigación histórica”, como él mismo lo subtitula, narra de manera cruda y clara el proceder de las instancias judiciales y de las instituciones encargadas de poner en marcha aquellas represiones. Lo más clamoroso es el hecho de la presunción de culpabilidad, solo por la presencia de denuncias realizadas contra una persona, sin contraste de ninguna clase, a menudo extraídas a base de torturas de todo tipo. Esas denuncias se archivaban y se utilizaban instrumentalmente en función de las propias circunstancias en las que se desarrolla la vida de cada uno de los perseguidos. A pesar de las diferencias de criterio y valoración que se encuentran entre personajes críticos con el régimen como el propio Solzenitsin o Sajarov, etcétera, lo cierto es que los datos ofrecidos por Solzenitsin en *Archipiélago Gulag* son esenciales y es necesario que sean leídos e interiorizados por todos aquellos que se sienten, se han sentido, o han ingresado en cualquiera de los Partidos Comunistas de cualquier país. Si no se ha hecho una profunda revisión de la tradición marxista que desemboca en Stalin, si es posible leer los textos marxistas de Stalin con el objetivo de extraer lecciones políticas, y abstraerlos del fango de sangre en el que se asientan, es evidente que seguimos una senda política equivocada y peligrosa, socialmente peligrosa. Los filósofos marxistas occidentales se han rasgado las vestiduras con los crímenes de la Primera y la Segunda guerra mundial. Los campos de exterminio nazis llevaron a algunos a considerar que ya no era posible la poesía. Farías defendía que el nazismo de Heidegger impregnaba su obra filosófica. Pero se seguía mirando a la URSS como una alternativa. Algunos filósofos de estirpe hegeliana tal vez dirán que al menos si hubiera triunfado la línea estalinista todo aquello habría quedado justificado, lo mismo que podría decirse de Hitler si hubiera sido capaz de derrotar a la URSS como todos esperaban, y tal vez por eso ahora podemos ponernos tan estupendos y criticar estos modelos como monstruosidades: solo porque el mundo en el que vivimos nace de la derrota de esos modelos. Pero también cabe la interpretación contraria, y podríamos decir que si es posible criticarlos es porque el modelo político que los derrotó era francamente superior y nunca hubiera podido haber sido vencido. Etcétera. En cualquier caso, la lectura del *Archipiélago Gulag* es absolutamente necesaria para comprender el fenómeno del comunismo, y ningún “comunista” actual debería pasar sin leer lo que textos como este de Solzenitsin, o el mismo libro que estamos reseñando, nos enseñan sobre lo que fue el comunismo real. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar que los textos “filosóficos” de Stalin pueden conservar las huellas que deja el ejercicio despiadado del poder? Es más, ¿tendrían verdaderamente algún valor filosófico esas obras desvinculadas del hombre que las creó, del papel que ese hombre ha jugado en la historia, entre otras cosas, por las atrocidades en las que estuvo envuelto? ¿Hubiera sido posible lograr lo que verdaderamente



logró el sistema soviético, sin el sistema de exterminio masivo que puso en marcha? ¿Acaso los valores leninistas esgrimidos tras la muerte de Stalin hubieran sido capaces de generar el inmenso poder que el sistema soviético alcanzó con Stalin?

3. Las siguientes dos partes del maravilloso libro que estamos reseñando giran en torno a interesantísimos temas de historia de la ciencia y la tecnología y abren cuestiones muy importantes sobre el papel de Stalin y sobre los logros del socialismo “real”. Los autores tratan aquí el tema del proyecto de la bomba atómica, y de la bomba de Hidrógeno. Estudian la organización productiva que hizo posible estos proyectos, y ofrecen datos esclarecedores sobre la eficacia del sistema socialista y la organización de la producción. Si es prácticamente un tópico entre los autores marxistas reconocer que la llamada propiedad colectiva de los medios de producción hizo posible el milagro tecnológico de la URSS, tal y como podía deducirse de las tesis de los delegados soviéticos al célebre congreso de Londres de 1931 (la eficacia de los planes quinquenales, la superación en la URSS del tremendo colapso derivado de la crisis de 1929 en el mundo capitalista, etc.), lo cierto es que a duras penas es posible mantener estas teorías salvo por un empeño de falsa conciencia digno de ser estudiado. Lo que se desprende de los datos que se ofrecen en el libro dista mucho de estas tesis y obliga a asumir una perspectiva diferente. La URSS elaboró una red de centros de producción claramente esclavistas, sin metáfora. La bomba atómica fue resultado de una enorme eficacia en los sistemas de información que disponía la URSS en EEUU, y Gran Bretaña, aunque el de la bomba de Hidrógeno fue un proyecto genuinamente soviético. Pero la red productiva impresionante que estos proyectos requerían sólo fue posible mediante la organización de un sistema especial de gulags, el llamado “gulag atómico”, con características especiales porque, entre otras cosas, los que trabajaban en él no podían volver a sus casas una vez cumplidas sus condenas, eran sistemáticamente deportados a zonas lejanas con el fin de que no pudieran desvelar los secretos de estado que habían conocido, los lugares secretos, ubicación, características, procesos productivos, etc.

Por supuesto, los secretos robados a Occidente tuvieron eficacia porque en la URSS había científicos muy bien preparados, y capaces de descifrar aquellos datos y ponerlos en funcionamiento. Kurchatov, el “Oppenheimer soviético”, mostraba ante sus colegas una destreza que lo convirtió casi en leyenda, realizando operaciones y anticipando soluciones que a los demás les resultaba tremendamente complicado realizar, y es que gozaba de la información privilegiada que le proporcionaban los servicios secretos soviéticos que recibían la información directamente de los legendarios espías soviéticos. Pero la URSS pudo también aprovechar cosas como el curioso botín de guerra proveniente de los restos destruidos de la fábrica de Uranio de Oranienburg, cerca de Berlín, que había sido deliberadamente bombardeada por los norteamericanos días antes, ante la posibilidad de que los soviéticos pudieran llegar a ella. La inestimable ayuda del científico alemán Nikolaus Riehl dio lugar a la creación del complejo de Elektrostal, una de las primeras islas del *gulag* nuclear, en la que los trabajadores eran



soldados soviéticos que después de liberados de las prisiones alemanas fueron condenados por cobardía a decenas de años de trabajos. El número de presos llegó en 1950 a 10.000. Para saber más sobre estos encarcelamientos, el libro de Solzenitsin, *Archipiélago Gulag* ofrece toda una serie de datos sorprendentes. También las *Memorias* de Andrei Sajarov ponen de manifiesto la existencia de estos contingentes de trabajadores esclavos en los complejos secretos en los que él y otros científicos trabajaron desarrollando el proyecto de la bomba de Hidrógeno.

El proyecto Manhattan de la bomba atómica no solamente fue una cuestión estratégica para la Guerra fría, como queda de manifiesto por los análisis que ofrecen los autores. Su trabajo advierte también sobre la intención que los norteamericanos tenían de evitar que la URSS alcanzara una influencia mayor en el destino del sureste asiático. El lanzamiento de las bombas en Japón tenía un interés estratégico concreto a la hora de negociar la paz en Oriente. En la página 145 y siguientes se describe con detalle lo que constituyó la organización institucional del programa nuclear soviético, al que se dio prioridad absoluta a partir de la bomba de Hiroshima de 6 de agosto de 1945; la creación del PGU, Directorio Principal del Consejo de los Comisarios del Pueblo, encargado de inspeccionar el proyecto atómico, etc. Si, al parecer, la bomba de plutonio, la primera que hizo explotar la URSS el 29 de agosto de 1949, fue verdaderamente una copia de la que EEUU lanzó sobre Nagasaki, la segunda, de uranio, lanzada en 1951, ya era un modelo original soviético. Los agentes secretos que jugaron un papel decisivo en estos acontecimientos fueron localizados, salvo Cairncross, pero la URSS no sólo había sido capaz de tomar los datos de los proyectos americanos, sino que había conseguido montar una infraestructura industrial con capacidad tecnológica y productiva totalmente “competitiva” frente a EEUU, en gran medida, aprovechando el caudal de trabajadores del *gulag* industrial, el llamado GULPS y el GULGMP.

El siguiente ensayo del libro, también de un inusitado interés para la historia de la ciencia y la tecnología, es el correspondiente al tema del desarrollo de la bomba de hidrógeno, un proyecto que significó adelantar a EEUU en la carrera nuclear, a pesar del empeño original del científico norteamericano, Edward Teller, y en el que acabaría sobresaliendo uno de los amigos de los autores, Andrei Sajarov, que posteriormente, con Kapitsa, participaría en las protestas para que Zhores Medvedev fuera liberado de un manicomio en el que había sido internado por su actividades disidentes.

Si desde el punto de vista tecnológico, la producción de Deuterio suponía una importante inversión industrial, la propia concepción de la bomba de Hidrógeno requería cálculos científicos muy elaborados, puesto que no podía llevarse a cabo la investigación experimentalmente debido a las condiciones de temperatura necesarias. Yakov Zeldovich y Lev Landau serían las piezas clave en el proceso, mientras que Kapitsa quedaría definitivamente desvinculado de él, a pesar de que el instituto de Problemas de Física que él dirigía había estado investigando en las propiedades físicas de los gases. El capítulo sobre las relaciones de Kapitsa con Stalin y Beria es

verdaderamente interesante para la historia de la ciencia, toda vez que Kapitsa ya contaba en su haber con una larga trayectoria de problemas políticos que empezaron cuando se le denegó el permiso para seguir trabajando en el laboratorio Cavendish con Rutherford en los años 20. J. G. Crowther relata estas cuestiones de manera muy interesante en su ensayo *Fifty Years with Science*, de 1970. Pero si algo queda de manifiesto en este asunto de Kapitsa es lo que se refiere también a la actitud de los científicos que, como en el caso de Landau, Sajarov, etcétera, también ellos políticamente poco proclives al modelo político de la URSS, sin embargo se dejaron llevar y pusieron todo su esfuerzo en los programas de investigación soviéticos, abundando con su actitud en el tema del compromiso político de los científicos y su carácter verdaderamente “neutral” y abstracto en el ámbito de la llamada “Gran ciencia”, donde se advierte que verdaderamente son mercenarios de la investigación, centrados estrictamente en la posibilidad de desarrollar su capacidad de investigación en el marco de las mejores condiciones materiales, sea quien sea quien paga, y para lo que lo paga. La URSS puso a sus científicos las mejores condiciones de trabajo e investigación posibles, los científicos las asumieron y en ellas desarrollaron proyectos impresionantes para la historia de la ciencia, pero después se quejaban amargamente de que trabajaban como esclavos, etc. La gran ciencia, tanto en la URSS como en EEUU, suponía este tipo de esclavitudes, pero no es nada personal, es que simplemente es imposible trabajar de otra manera en el marco de los megaproyectos que pone hoy en marcha la ciencia. Lógicamente, cuando alguno de ellos se mostraba disidente con el modelo, perdía inevitablemente los privilegios en virtud de los cuales podía llevar a cabo su trabajo de investigación, salvo que su aportación resultara ser indispensable, como ocurrió con Landau, o el mismo Sajarov (a este se le apartó efectivamente de la investigación). Sajarov fue premio Nobel de la paz por la defensa de los derechos humanos en la URSS y principal investigador del proyecto de la bomba de hidrógeno de la URSS.

Desde mi punto de vista, es curioso que personajes tan cercanos biográficamente a Boris Hessen, como Igor Tamm, amigo personal desde la infancia en Yelisabetgrado, y Abraham Yoffe, maestro de Hessen, hayan tenido un papel tan importante en ambos proyectos, el de la bomba atómica y el de la de hidrógeno. En el proyecto de la bomba atómica Abraham Yoffe proporcionó desde su Instituto los físicos que lo desarrollaron, y en el de la bomba de Hidrógeno los personajes clave fueron Igor Tamm y Lev Landau. Los curiosos detalles de la investigación aquí ofrecida son interesantísimos. Obviamente los científicos del proyecto tenían los teléfonos pinchados, algo que supongo no sería costumbre exclusiva de los soviéticos, como pone de manifiesto el Proyecto Manhattan. Landau se quejaba siempre de que la URSS era un estado fascista y él un esclavo científico. En el año 1950 estaba claro que el proyecto de la bomba H abrigado por Teller en Estados Unidos y seguido también por la Unión Soviética estaba en un punto muerto. La cuestión internacional obligaba, sin embargo, a seguir adelante con las investigaciones. El 31 de enero de 1950 Truman anunció que había encargado la bomba de Hidrógeno. El triunfo de China y el éxito soviético con las bombas nucleares lo hacían estratégicamente inevitable.

Los autores hacen referencia al hecho de que los norteamericanos contaban con una tecnología informática superior, que les permitía hacer cálculos más rápido mientras que los rusos suplían esta carencia poniendo a trabajar a un número mayor de matemáticos, sin embargo, fueron los soviéticos los que primero se dieron cuenta ya en 1948 de que el proyecto de Teller con Deuterio no era viable y el del Tritio no era tampoco económicamente viable. Los soviéticos cambiaron de tercio y propusieron algo más modesto pero eficaz. No tendría la potencia esperada, pero sería una bomba termonuclear. Este fue el modelo de Sajarov-Ginsburg. Su éxito en 1953 tuvo un efecto catastrófico en la Guerra Fría. Los norteamericanos, Teller, estaban convencidos de que la falta de mineral de Uranio, de una industria del uranio, y de ordenadores, haría imposible a la Unión Soviética alcanzar un éxito semejante, sin embargo, se consiguió. Ginsburg, por razones políticas vinculadas a supuestas actividades contrarrevolucionarias de su esposa, no pudo instalarse en Arzamas-16, el centro especial donde se puso a trabajar el equipo de Tamm en el que estaba Sajarov. En 1997 publicó su autobiografía científica. *Las Memorias* de Sajarov informan ampliamente de la vida en la instalación de Arzamas-16 y del trabajo de investigación e industrial que llevó a cabo la bomba H. Es particularmente patético el caso de Olga Shiriaeva, un caso que también cuenta Sajarov en sus *Memorias*, una de las reclusas que trabajaba en el complejo de Arzamas-16. Entabló relaciones con Zeldovich y cuando fue deportada a Magadán, como a todos los presos que terminaban de cumplir su pena en el gulag atómico (se trataba de evitar que pudieran dar información de la ubicación del enclave nuclear), dio a luz allí a una niña que 20 años más tarde conocieron su padre y Sajarov en Kiev. Afortunadamente, el “destierro indefinido” que caía sobre los presos liberados de los complejos nucleares industriales y científicos no duró mucho tiempo, y en 1955 comenzaron a regresar, aunque no se les permitió vivir en grandes ciudades o cerca de la frontera. Más adelante, el 22 de noviembre de 1955 se probó la segunda Bomba de Hidrógeno, más parecida al modelo americano que probaron con éxito el 1 de noviembre de 1952.

El capítulo dedicado al *gulag* atómico es verdaderamente revelador en lo que se refiere a la economía de la ciencia en la Unión Soviética, y aleja cualquier duda acerca de los procedimientos productivos de los que disponía verdaderamente la Unión Soviética. Los datos ponen de manifiesto la evidencia de que el sistema socialista se basaba en la explotación abusiva del trabajo esclavo de los presos del *gulag*; y podría inducir a pensar que la campaña de terror no fue verdaderamente una paranoia sino un programa organizado conscientemente con el fin de alcanzar los fines productivos exigidos mediante lo que podríamos llamar “la actualización de una suerte de modo de producción asiático”. Los autores distinguen el *gulag* del uranio, del *gulag* atómico; uno orientado a la extracción y purificación del mineral y otro dedicado a la separación de los isótopos, enriquecimiento y explotación del mineral como fuente de energía en centrales nucleares experimentales y en la fabricación de las bombas. Aunque ya desde 1942 se puso en marcha el proyecto de extracción de uranio, la clave para la organización del *gulag* fue la resolución de Stalin que ordenaba que todo el programa de extracción del



Uranio se transfiriese a la Comisaría de Asuntos Internos, bajo el control de Beria. Esta resolución, que se firmó el 8 de diciembre de 1944, resolvió todos los problemas anteriores debidos a la falta de mano de obra. A partir de entonces, comenzó la construcción de plantas para el tratamiento del mineral, plantas complejísima tecnológica e industrialmente, como también se pone de manifiesto en la creación de la industria del uranio en Estados Unidos con el Proyecto Manhattan. Primero fue el Kombinat 6, donde ya trabajaban en 1945, 2.295 presos, extraídos de entre deportados, y prisioneros escogidos que por su formación podrían trabajar como mano de obra experta. El NKVD comenzó a inyectar obreros esclavos, presos y deportados a Leninabad en el Asia Central. Hasta 1948 casi 50.000 presos de guerra trabajaban también en las minas de Checoslovaquia y Alemania del Este, aunque esta mano de obra desaparecería en 1950. En este año, por otra parte, de los 18.000 trabajadores que había en el Kombinat 6, 7.210 eran presos, según los datos precisos que aportan los autores, mientras que muchos de los que componían el resto, procedían de poblaciones que habían sufrido deportaciones.

Luego aparecieron los yacimientos de las montañas de Kolima, cuyas minas pasaron a formar parte del complejo sistema de campos de Dalstroi, donde trabajaban miles de presos. Sólo en el complejo de Beregovo trabajaban en 1951, 30.000 prisioneros. Aunque a partir de 1953 se fueron rehabilitado prisioneros, lo cierto es que sólo en los años 60, con la introducción de nuevas técnicas de extracción disminuyó el número de trabajadores, aunque, en todo caso, las llamadas “ciudades del uranio” estuvieron “cerradas” hasta el año 1991. Los prisioneros trabajaron también en los yacimientos de Ucrania, Piatigorsk, y en la orilla oriental del mar Caspio, descubiertos a partir de 1951.

Con respecto al *gulag* atómico se ofrecen multitud de testimonios que no dejan lugar a dudas, como el del profesor Igor Golovin, que había sido ayudante de Kurchatov (pág. 180). El centro de Verj Neivinsk (Sverlovsk-40), y Kishtin (Cheliabinsk-40) comenzaron a construirse a partir de 1946. Beria gestionaba la asignación de presos, que comenzó cuando fueron enviados 10.000 prisioneros a Kishtim, el 1 de julio de 1946. En 1947, trabajaban en la construcción de Cheliabinsk-40 20.376 prisioneros. Además de los prisioneros, trabajaban también allí contingentes de soldados. Los testimonios son verdaderamente sorprendentes, tanto los de los soldados, como los de presos, todos ellos ponen de manifiesto la situación infrahumana en la que vivían. Al parecer, los presos que eran liberados porque habían cumplido sus penas, comenzaron a ser deportados hacia Magadán, y distribuidos por las minas de la zona, para mantener el secreto sobre las instalaciones. La instalación de Arzamas-16, donde se puso en marcha el proyecto de la bomba de Hidrógeno comenzó con la organización de un campo de prisioneros, al parecer, el primero del *gulag* atómico, el KB-11. “A finales de 1947 había más de diez mil prisioneros en el campo.” (pág. 184.) Según Zhores Medvedev, más de 18.000 prisioneros trabajaban en 1950 en la ciudad atómica de Verj Neivinsk.



La sección dedicada a los sacrificios de las instalaciones nucleares (p. 184) es bastante desoladora y pone de manifiesto la realidad del peligro de toda la industria nuclear, no sólo de las soviéticas. La radiación actuaba sobre todos los trabajadores y científicos. Como dice Zhores Medvedev, “la salud de la población local se sacrificó a costa de lo que se consideraba la seguridad del estado” (pág. 186). También podemos leer el relato de la primera catástrofe nuclear, algo muy poco conocido, que los autores cuentan con mucho detalle, un accidente que tuvo lugar en Cheliabinsk-40 en enero de 1949. Los detalles del suceso no se conocieron hasta 1995 y no se sabe el número de víctimas, aunque el autor supone que pudieron ser más que en Chernobil. La extracción de los 39.000 bloques de Uranio para reparar los tubos de aluminio que los contenía supuso que prácticamente todo el personal quedó expuesto a la ración, incluido a Kurchatov, cuya prematura muerte estuvo relacionada con este suceso.

Hay, en todo caso, un tratamiento amargo de estas cuestiones que deja ciertas dudas. En el libro se sostiene que no se sabe la gente que pudo enfermar y morir en Cheliabinsk-40 a raíz de este suceso. Deja entrever que en 1949 el número de presos disminuyó en 3.000 personas, dejando al lector que imagine a 3.000 presos muriendo por la enfermedad de la radiación. Sin embargo, unas páginas más atrás, el autor habla de que en 1949 fueron liberados muchos prisioneros y enviados a Siberia. Muchos de los contingentes de los soldados en realidad estaban allí ubicados prácticamente como presos y así se les trató, deportándolos a Siberia cuando fueron “liberados”. Estos constituían el llamado “contingente especial”. Los detalles son escalofriantes: “según los archivos de Dalstroi, el 1 de enero de 1952 había 10.348 trabajadores del contingente especial con “contratos” de tres años. Afortunadamente con la muerte de Stalin y la detención de Beria esta práctica llegó a su fin y comenzó a ponerse en libertad a la gente del “contingente especial”.

Curiosamente, Stalin propuso la organización de otro sistema nuclear paralelo en Siberia con el fin de fomentar la competencia entre ambos para favorecer el desarrollo tecnológico. 27.000 reclusos trabajaron en la instalación subterránea de Krasnoyarsk-26. Perduró hasta 1963. Tomsk-7, la segunda ciudad atómica de Siberia se fundó en 1949. También Krasnoyarsk-45 fue creado con mano de obra esclava. En relación a la ciudad de Tomsk-7 no hay datos sobre el papel de los presos.

Los autores concluyen: “el gulag desempeñó un papel de primer orden posibilitando la capacidad para abordar los problemas a un ritmo vertiginoso, tanto si se trataba de la construcción de los reactores o las plantas como de la construcción de la infraestructura de cada instalación. Era la existencia de esta reserva enorme, única, de trabajadores perfectamente desplazables y con frecuencia altamente cualificados -básicamente mano de obra esclava- la que fue crucial para que el proyecto entero fuese un éxito.” (pág. 197).

Incluso se plantean si el éxito del programa nuclear soviético puede justificar el gulag. Es increíble, pero la respuesta todavía resulta más sorprendente: “Si

el modelo político y económico estalinista no hubiera recurrido al gulag y otras formas de trabajo forzado no habría habido una necesidad tan apremiante de poseer las bombas atómicas y de hidrógeno. Fueron el terror y los gulags los que provocaron tanto rechazo en el resto del mundo e hicieron que otros países se sintieran amenazados por la Unión Soviética” (pág. 197). Esto es francamente inaceptable. Los autores deberían recapacitar que a pesar de los años y del fracaso de la URSS, EEUU todavía sigue generando mitos anticomunistas y enaltecendo sus propios éxitos, basados también en la explotación y el latrocinio, la destrucción, etc. Ya no existía la URSS cuando comenzó su campaña en Irak y Afganistán. Y, por otra parte, cabría decir al contrario, que la URSS tuvo que desarrollar un programa armamentístico serio para hacer frente a una verdadera amenaza que proveniente de occidente estaba alentada y permitida por todas las potencias occidentales. La agresión nazi no fue casual, y los motivos de Hitler eran menos importantes que los de los propios aliados de la URSS, pues éstos esperaban francamente que el nazismo acabara con la revolución comunista. Si esa amenaza seguía latente, más aun en la Guerra Fría, es lógico que la Unión Soviética hiciera todo lo posible por defenderse. Quien primero no sólo realizó la bomba atómica, sino que fue capaz de lanzarla sobre dos ciudades muy pobladas, fueron los EEUU, precisamente con un proyecto que hacía de aquel acto bélico un experimento científico, pues las ciudades de Hiroshima y Nagasaki no habían recibido ataques aéreos deliberadamente, con el fin de poder comprobar en su caso, el efecto real de las bombas atómicas. Los americanos estudiaron el fenómeno de la explosión y sus consecuencias de manera pormenorizada, y aquel acto bélico significó claramente una seria advertencia y amenaza contra la URSS. Otra cosa diferente es que para llevar adelante sus proyectos militares de defensa, la patria del comunismo echara mano de procedimientos tan deleznable que muestran hasta qué punto la revolución no daba los resultados albergados por el sueño que la puso en marcha.

Una lectura detallada de algunas de las partes de las *Memorias* de Andrei Sajarov podría ayudar en la elaboración de un trabajo que está por hacer, una investigación en serio de las pruebas nucleares que países como EEUU, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia, China, Israel, India, Pakistán, etc., han realizado desde que comenzó la era atómica. Según Sajarov, en función de cálculos realizados en los años cincuenta, la población mundial habría recibido un grado de radiación bajo pero muy extendido, que podría ser el responsable de muchos de los problemas de salud que se manifiestan en la actualidad. Tal vez estos países deberían pagar por ello y suministrar toda la ayuda necesaria para favorecer los procesos terapéuticos de muchas enfermedades cancerígenas derivadas de esa irresponsable contaminación que estos países han ido extendiendo por toda la tierra de manera totalmente gratuita y patética. Nuestro mundo no habrá alcanzado la madurez hasta que semejantes barbaridades no sean convenientemente purgadas. Seguramente a Al Gore este tema no le resultará tan interesante y emocionante.

4. La tercera parte del libro, “Stalin y la ciencia”, tiene un interés también muy especial para la historia de la ciencia. Es también muy importante para la

comprensión de fenómenos científicos que tuvieron lugar en la época soviética y que siempre han resultado particularmente curiosos, si no fuera por el alcance de sus terribles consecuencias sociales y políticas. En todo caso, si el *affaire* Lisenko es más popular, el caso de Marr es menos conocido, mientras que el de Clausewitz, con el que empieza la tercera parte, es especialmente curioso. El capítulo dedicado a Clausewitz narra los avatares del historiador militar, el coronel Yevgeni Razin. Razin, autor de una *Historia del arte de la guerra desde la Edad Media a la primera guerra imperialista de 1924-1918*, llevaba años defendiendo a Clausewitz y su obra *De la guerra*. Clausewitz era un autor muy respetado por Marx, admirado por Engels, y alabado por Lenin. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial contra Alemania no podía dejar en su pedestal a este teórico y militar prusiano. Razin lo defendió incluso en una carta que dirigió a Stalin (30 de enero de 1946), y lo cierto es que el mismo Stalin le contestó inmediatamente (el 23 de febrero) atribuyendo al marxismo la propia doctrina de Clausewitz, como si éste la hubiera tomado del marxismo, aunque cronológicamente era anterior. Una vez publicada esta carta de Stalin en la revista *El bolchevique*, en marzo de 1947, Razin cayó en desgracia y fue detenido. La investigación del caso fue llevada a cabo por el sanguinario Sverdlov (de importante pedigrí, pues era hijo del famoso revolucionario y compañero de Lenin). Sverdlov, que era investigador del NKVD, torturó a Razin hasta que finalmente fue condenado a 10 años como “enemigo del pueblo”. En enero de 1950, Stalin necesitó obtener información sobre historia militar para una reunión que iba a tener con Mao Tse-tung. Entonces revisó, entre otras, la obra de Razin, una obra que aunque había sido prohibida, él todavía conservaba en su biblioteca, y pidió a su secretario Poskrebishev que averiguase dónde estaba y qué hacía. Lo sacaron del campo de concentración, lo vistieron de general y lo devolvieron a Moscú, reintegrándole en la Academia Frunze. El destino de este personaje muestra hasta dónde podían llegar las cosas en la URSS. Con mucha agudeza los autores dan cuenta de que la publicación de las obras completas de Stalin fue llevada a cabo por primera vez en la Universidad de Stanford, en el Instituto Hoover. En ella se incluye la carta de respuesta que Stalin escribió para Razin, un extracto de la cual puede leerse también en el libro que estamos reseñando.

El caso de Lisenko es de sobra conocido. Sin embargo, gracias a este libro adquirimos una comprensión histórica de este asunto que desborda ampliamente el marco del debate teórico, y aun ideológico, entre dos posturas científicas enfrentadas. La célebre conferencia de la VASJNIL, la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas, que tuvo lugar entre el 31 de julio y el 7 de agosto de 1948 significó, como se sabe, la caída en desgracia de todos los llamados morganistas, entre ellos, por ejemplo, Zavadovsky, y otros muchos. Pero, curiosamente, tuvo otras consecuencias también esta conferencia, por ejemplo, el triunfo de Beria y Malenkov en su pugna política contra A. A. Zhdanov, cuyo hijo, yerno de Stalin, había hecho un discurso crítico contra Lisenko de manera totalmente desafortunada el 10 de abril de ese mismo año 1948. El discurso de Lisenko en la conferencia, ampliamente corregido por Stalin, tal y como muy bien señalan y estudian los autores, era la prueba de que Lisenko había triunfado y que, por tanto, Zhdanov padre



tendría que pagar las consecuencias. Como se narra en el texto, Zhdanov fue avisado por el propio Stalin en una reunión conjunta de que tendría que pagar él lo que había hecho su hijo, el marido de Svetlana. En agosto, Zhdanov tuvo un ataque cardíaco. Las intrigas médicas que apuntaban a una vinculación entre los médicos del Kremlin, Piotr Yegorov, Gravrill Maiorov y Vladimir Vinogradov y Beria y Malenkov, modificaron la valoración del estado de salud de Zhdanov que moriría finalmente el 31 de agosto de ese mismo año a consecuencia de otro ataque al corazón. Estos médicos estarían también implicados en la última gran purga que Stalin estaba a punto de poner en marcha cuando murió y que tenía como objetivo quitarse de en medio a Beria, Malenkov y sus secuaces, razón por la cual algunos creen que la muerte de Stalin, en medio de este proceso, pudo venir provocada por otra de estas sabandijas humanas. Lisenko, y el apoyo indiscutible de Stalin, había sido el instrumento del que se valieron Beria y Malenkov para quitarse de encima a Zhdanov y sus seguidores de Leningrado. Zhdanov no era mejor que ellos, sino tremendamente brutal, como comenta por ejemplo, Robert Conquest en *El gran terror*. El asunto estaba entre hienas.

El capítulo ofrece además un pequeño ensayo sobre los orígenes del debate genético. Según se dice en el libro, el origen de la polémica se situaría en una resolución del Partido y del Gobierno sobre la selección y el cultivo de semillas, que data de 1931, y que tenía como finalidad contribuir a transformar la agricultura soviética, en pleno primer plan quinquenal y colectivización forzosa. En aquel primer envite, los seguidores de Lisenko ofrecieron la posibilidad de alcanzar los objetivos de esta resolución en dos años solamente, mientras que los genetistas consideraban que ese período era inviable. El fracaso de los lisenkoístas se atribuyó al sabotaje de los genetistas, y muchos de ellos fueron detenidos y muertos a finales de los 30. Pero lo curiosamente revelador es el interés que Stalin mostraba por la agricultura y los datos sobre sus invernaderos y particulares “experimentos” agrícolas. Por cierto, se cita un trozo de las memorias de Molotov que da mucho que pensar. Se mencionan también el Plan del canal de Turkmenistán, el gran canal turcomano, y el plan de Stalin para la transformación de la naturaleza, que quedaron en proyectos solamente, así como algunos detalles sonrojantes, novelas agiográficas y demás. Todo, verdaderamente impactante.

En todo caso, si el éxito de Lisenko era una garantía para Beria y Malenkov, la muerte de Vavilov fue esencial para el propio Lisenko. Molotov permitió a Beria su detención en agosto de 1940. Su prestigio internacional hizo que ya en 1945 la comunidad internacional preguntase por él (era, entre otras cosas, miembro de la Royal Society de Londres). En la conmemoración del 220 aniversario de la Academia de Ciencias en junio de 1945, sus colegas internacionales invitados a la conmemoración clamaban ya por conocer su destino. Ciertamente se aprovechó el clima confuso de la Guerra mundial para liquidarlo sin escándalo. Su hermano, Serguei Vavilov, fue elegido presidente de la Academia en el marco de aquella conmemoración, al parecer con el propósito de dar a entender que Stalin no tenía nada que ver en el asunto de la muerte del genetista. Parece que fue entonces cuando



Stalin se pudo hacer una idea de la importancia que tenía el trabajo de Nicolai Vavilov. En este capítulo se comenta por ejemplo cómo recibía Stalin los informes acerca de los candidatos a la presidencia de la Academia, datos enviados por el NKVD a Stalin para que eligiera entre los 22 candidatos que se presentaban en aquella ocasión. La valoración de cada uno incluye datos personales, valoración de actitudes, modestia, etc., que muestran el alcance del ejercicio del poder (pág. 226).

La conclusión es terminante: “En la Unión Soviética, la ciencia nunca llegó a ser la fuerza motriz que estaba detrás del progreso económico y tecnológico [...] los avances tecnológicos y económicos en general se han producido a base de imitar, de adoptar aquello que ya se ha logrado en otros países” (en cualquier caso, si esto hubiera sido realmente así, al menos les cabría el mérito de haber podido emular y adoptar estos logros, lo que otros países sin duda no hicieron). Termina el capítulo informando acerca del destino de los actores de este particular drama: Serguei Vavilov murió de un ataque al corazón en 1951. Yuri Zhdanov siguió participando en la represión científica. Lisenko murió en 1976”, etc. Problemas de este tipo, sobre la base de los datos anteriores, son los que el marxismo más superficial debe afrontar en serio porque se trata de argumentos que obligan necesariamente a remontar de modo definitivo sus profundamente arraigados *idola fori*.

El capítulo final de la parte dedicada a Stalin y la ciencia estudia el curioso episodio de la lingüística, con el que Stalin mostró cierta sagacidad. A pesar de que el asunto suele referirse para mostrar la inteligencia de Stalin, lo cierto es que la historia es menos explícita y evidente, pero en cualquier caso verdaderamente curiosa. Los autores, sin embargo, lo consideran una mera excepción: “Cuando Stalin intervenía en un debate científico o académico, los resultados eran previsibles: detenciones, censura de ideas, y promoción de arribistas, de fanáticos o de escandalosos charlatanes. Pero hay excepciones que confirman la regla” (pag. 229).

Nikolai Marr se había convertido en el líder indiscutible de la lingüística soviética, apoyado por la jerarquía, del mismo modo que Lisenko iba a ser el líder de la biología unos años después, etc. Apadrinado por Lunacharsky, a partir de los años 20 Marr comenzó a aplicar el marxismo a la lingüística y a desarrollar su teoría de que la lengua era una cuestión de clase, una superestructura. Stalin lo apoyó y con su ayuda adquirió el papel de gran líder científico. La teoría de Marr se llamó “la nueva enseñanza de la lingüística”. Recibió incluso la Orden de Lenin. Los críticos eran acusados de “trotskismo lingüístico”. Pero Marr murió de repente, en 1934. Al parecer, en los años 37 y 38 murieron muchos de los que se opusieron a él, por ejemplo, E. D. Poliavanov, uno de los más grandes expertos en lenguas orientales, acusado de ser un “lingüista idealista de las centurias negras”; “lobo Kukak que se esconde bajo la piel de un profesor soviético” (pág. 231). También N. A. Nevski, que descifró los jeroglíficos tungús y que, a título póstumo, recibiría el Premio Lenin en 1962. Tal vez Stalin debió haber estado más espabilado para desenmascarar a Marr antes de liquidar a tantas víctimas. También es cierto que no era el único que tomaba este tipo de decisiones. Era una

maquinaria muy bien engrasada en la que otros podían perfectamente tomar estas decisiones. Lo terrible no es que Stalin no se diera cuenta antes, sino el hecho mismo de que una discusión científica tuviera siempre el cariz de una disidencia política y consecuencias penales para quien perdía la discusión a base de torturas y abusos de poder. Sin embargo, también hubo partidarios de Marr muertos, acusados de tener vínculos con Bujarin, lo cual puede sugerir que esta no era la principal cuestión debatida en aquellos procesos, aunque esto lo autores no lo indican.

Cuando tuvo lugar la sesión de la Academia Lenin de Ciencias agrícolas de 1948 parece que se abrió el camino para una purga en la ciencia soviética. Y también en la lingüística se intentó (se llamaba la “campaña contra el servilismo de Occidente”). El seguidor de Marr, Meshchninov en el Instituto Marr de lenguas de Leningrado, en una reunión del Consejo académico atacó a Vinogradov (cuyo exilio había sido perdonado por Stalin en 1939) y su escuela, Reformatsky, etc., que fueron acusados de idealistas, según el planteamiento establecido en el informe de Lisenko. Otros lingüistas, como el caucasiense Arnold Chikobava fueron también acusados. En Armenia destacaba un antiguo seguidor de Marr posteriormente repudiado por aquél. A través de la sección ideológica del comité central en Moscú, Acharian Kapantsian y sus seguidores fueron todos destituidos y expulsados de sus cargos.

Chikobava envió una carta a Stalin y este la recibió con mucho interés y acabó invitando a Chikobava a su dacha de Kuntsevo. El 9 de abril de 1950, a las 9 de la noche, comenzó la reunión. El relato que ofrece el libro de esta reunión es impresionante. Al parecer, al oír hablar del caso de Acharian y Kapantsian, Stalin lo interrumpió y llamó a Yereván (“los ministros y secretarios del Obkom sabían que Stalin trabajaba de noche y, por lo tanto, nunca iban a la cama antes de amanecer”, pág. 236). La llamada tuvo un efecto fulminante muy bien relatado en el libro. La reunión terminó a las 7 de la mañana. También Malenkov citó a Vinogradov. El 9 de mayo salió un artículo de Chikobava en Pravda, al que siguió un pequeño debate con Meshchninov. El 20 de junio de 1950, salió en Pravda finalmente el célebre artículo de Stalin “En torno al marxismo y la lingüística”. El relato de lo que ocurrió ese día en la URSS es verdaderamente sorprendente, en gran parte, escrito por propio testimonio de los autores. El locutor más conocido del país, Levitan, leyó por radio el artículo. En él se negaban las tesis de Marr. En el otoño de 1950 en todas las instituciones donde se impartían estudios superiores, se introdujo un nuevo curso “la enseñanza de Stalin en la lingüística” (238). Los autores han introducido algunas referencias y citas de novelas hagiográficas de la época en las que se hacen alabanzas a Stalin por distintos logros que resultan verdaderamente sonrojantes. Merece la pena pararse en esos detalles.

5. La parte cuarta, dedicada al papel de Stalin en la II Guerra Mundial es muy interesante también, y desmonta algunos de los infundados y poco útiles tópicos contra Stalin. El ensayo comienza situando el momento del inicio de la operación *Barbarroja*. Esta operación había sido postergada hasta junio

por parte de los alemanes a causa de la revolución yugoslava y de la posterior guerra relámpago alemana contra los Balcanes y Grecia, la cual, abandonada por las fuerzas expedicionarias británicas, acabaría sucumbiendo a los alemanes no sin antes causarles grandes pérdidas en la toma de Creta. Este retraso fue decisivo tanto en opinión de Hitler, como de Churchill, para que la operación *Barbarroja* terminara siendo un fracaso. Sin embargo, los autores del libro desarrollan una tesis contraria en esta parte del libro, muy bien documentada y argumentada, añaden nuevos datos y una perspectiva global sobre las pretensiones alemanes y japonesas contra la URSS, todo lo cual resulta muy esclarecedor. Si Hitler consideraba que en las cuatro primeras semanas la operación habría barrido toda resistencia significativa, lo cierto es que no se logró ninguno de los objetivos de la operación durante las ocho primeras semanas. Stalin no cometió el error de concentrar a todas sus tropas en la frontera, como estaba esperando Hitler mediante todo tipo de provocaciones, sino todo lo contrario, habría mantenido el máximo posible de tropas en la reserva con el fin de neutralizar la estrategia alemana de la llamada guerra relámpago (la *Blitzkrieg*), toda vez que Stalin consideraba que su ejército sería incapaz de frenar el primer golpe alemán, aunque estuvieran allí concentradas todas las tropas, lo que hubiera resultado totalmente nefasto.

El ensayo abunda en los preparativos diplomáticos y bélicos de Stalin ante la invasión alemana, como el famoso discurso del 5 de mayo de 1941, ya como presidente del Consejo de Comisarios del pueblo, en donde por primera vez atacaba a Alemania acusándola de país conquistador y llamando la atención sobre la necesidad de prepararse para la defensa. Aquel discurso, sin embargo, era una cortina de humo para los alemanes, tal como lo interpretan los autores.

Cuando se acercaba la invasión, a pesar de las peticiones del Ministerio de Defensa y del Estado mayor, Stalin rechazó enviar más tropas insistiendo en la necesidad de contar con grandes reservas. De hecho, el mariscal Zhukov, el vencedor en la batalla de Berlín, terminaría dándole la razón a Stalin y asumiendo que sus peticiones habían constituido un posible error. Zhukov reconoce que gracias a estas reservas fue posible parar el golpe y amortiguar significativamente el efecto de la guerra relámpago alemana. También reconoce que los alemanes querían deliberadamente provocar una actitud como la de Zhukov, que llevara a los soviéticos a concentrar todas las tropas en las fronteras. Esta táctica prudente de Stalin coincide estratégicamente también con el pacto que firmó con Alemania en 1939, el famoso pacto Molotov-Ribentrop, que ayudó también a que la URSS organizase adecuadamente sus defensas, puesto que ya desde 1935 estaban convencidos de que la guerra terminaría siendo inevitable. La iniciativa de Hitler fue bien recibida y permitió a Stalin toda una serie de ventajas estratégicas que luego en la guerra resultaron decisivas. No hay que olvidar que el territorio de Polonia incluía amplias zonas de Bielorusia, Ucrania y repúblicas bálticas, y que con el pacto estos territorios volvieron a la URSS y fueron precisamente el principal factor de contención contra las tropas alemanas.



Otra de las importantes cuestiones que aborda el capítulo es la de la supuesta crisis sufrida por Stalin durante los primeros días de la guerra. Los autores desmienten y desmontan el mito creado y alimentado por Jruchov, y sus secuaces, así como por todos los críticos del sistema. Un hombre como Stalin no necesita mitos para ser criticado, ni los hechos de su vida dejan de hacerle menos sanguinario por haber mostrado una gran sagacidad e inteligencia política, valor y eficacia organizativa. En todo caso, un hombre como él, que marcó una época, no habría sido más cruel que un Alejandro, Napoleón, o César, con los cuales, desde un punto de vista histórico, bien se puede comparar. Tampoco fue más cruel que Truman o Churchill. Jruchov aprovechó el XX congreso para arremeter también contra Stalin en este aspecto. El relato de Jruchov no es el de un testigo directo, y realmente se basa en lo que Beria le contó, porque Jruchov estaba entonces en Kiev. Los autores ponen de manifiesto cómo ha crecido este impresionante e innecesario bulo. Toda la historia es un burdo invento, que se repite, sin embargo, en enciclopedias, e incluso en obras de referencia como la *Oxford Companion to the Second World War*. Lo más llamativo es que con que los historiadores hubieran echado un vistazo a las memorias del mariscal Zhukov, todo esto se hubiera venido a bajo o, al menos, se hubiera podido poner en duda. Los autores además apuntan al libro de visitas de la Oficina de Stalin en el Kremlin (pág. 264), que se descubrió a primeros de los años 90 en el archivo del Politburó. Del 22 al 30 de junio Stalin no solo no estuvo ausente sino que desarrolló una actividad frenética, como no podía ser de otra manera.

Con el libro de visitas en la mano, Volkogonov y Radzinsky modifican el relato y apuntan ya que Stalin se habría hundido el día 28 de Junio, domingo. Sin embargo, Zhukov comenta los detalles de la actividad de Stalin el día 29. El 30 de junio Stalin convoca en la dacha una reunión del Politburó en la que se crea el GKD, el Comité de Defensa del Estado. Según el bulo, al que también contribuyen las notas de Mikoyan, este comité se habría creado a iniciativa de Molotov y Beria, quienes habrían propuesto que Stalin asumiera todas las responsabilidades. Según los autores, sin embargo, lo que ocurrió fue más bien al contrario, que Stalin asumió la mayor parte de las principales responsabilidades, quedando los demás colegas del partido relegados en sus funciones y situados en un claro segundo plano frente a los generales como Zhukov y Timoshenko. “Si se observan los actos de Stalin y las decisiones militares que se tomaron durante los primeros días de guerra en retrospectiva, es perfectamente posible llegar a la conclusión de que dada la intensidad y poder del golpe infligido a la Unión Soviética por parte del ejército alemán y sus aliados -cuyas fuerzas ascendían en conjunto a casi doscientas divisiones-, la decisión táctica de mantener fuerzas clave del ejército soviético a doscientos o trescientos kilómetros de la frontera fue completamente acertada. Fue lo que hizo posible que se llevasen a cabo contraataques localizados y que el 26 de junio, bajo las órdenes de Stalin, se crease un nuevo frente de reserva mediante la utilización del V Ejército. Poco después se organizaría una nueva tercera línea defensiva. El ejército alemán continuaría su avance pero a un precio muy alto en bajas.” (pág. 266). Tal

vez cabría pensar que toda la trama para desprestigiar a Stalin en su actuación ante los alemanes, tenga que ver con el hecho fehaciente del papel secundario que les tocó jugar a los principales líderes políticos frente a Stalin y los generales.

El siguiente capítulo, "Stalin y Apanasenko", nos lleva a una reconstrucción de parte de los acontecimientos bélicos que verdaderamente explican la teoría que los autores exponen en el capítulo anterior acerca de la estrategia militar de Stalin, y su eficacia. La figura de Apanasenko, quien mantenía una relación particularmente cercana con Stalin, no es muy conocida. Sin embargo, resultó ser esencial y heroica, según los autores, para facilitar y preparar las fuerzas de relevo y retaguardia que desde oriente fluían hacia el frente occidental. También en este capítulo se pone de manifiesto la conveniencia estratégica del pacto ruso-alemán de no agresión que llevó a la larga a otro tratado con Japón, mientras Alemania ocupaba Europa. Según los autores, París y Londres esperaban que Japón y Alemania atacaran conjuntamente la URSS, pero esto no sucedió. Los japoneses acabaron decantándose por el insensato ataque sorpresa a EEUU, desbaratando los planes y esperanzas de Londres, París y Alemania, en cierta medida, por la labor de este general.

El papel del general Apanasenko fue crucial para la organización y actualización del Ejército Rojo en el frente occidental, particularmente en la Batalla de Moscú, que significó el principio del fin de la invasión alemana en la URSS. El traslado de grandes contingentes de tropas en Octubre de 1941 permitió la victoria de la batalla de Moscú en diciembre de ese mismo año. Pero Apanasenko no dejó de crear nuevos regimientos y divisiones para sustituir a las enviadas. Sin los recursos ni el apoyo de Moscú organizó la producción de armas en la zona, fusiles, morteros, minas, granadas, transmisores de radio, etc. Preparó material de transporte, reclutó a presos de Kolima y de todo el extremo oriente reintegrándolos en el ejército. Aunque los japoneses tenían previsto atacar la URSS, los informes de la inteligencia mostraban que el ejército oriental soviético no sólo no disminuía un ápice a pesar de que los alemanes sabían que divisiones orientales estaban de refresco en el frente occidental, sino que aumentaba ostensiblemente.

Aquellas divisiones nuevas de oriente alimentaron el ejército en Stalingrado y el Cáucaso. Lo asombroso era que, a pesar de todo, las divisiones orientales eran invariables e incluso aumentaban el número de efectivos. En 1942, los alemanes pedían a Japón que atacase, pero Japón se resistió, gracias a esa confusión de datos. A primeros de 1943, Apanasenko siguió organizando divisiones desde el frente de China. Gracias a su labor, Japón fue disuadido de atacar la URSS por el poderío militar que representaba su despliegue por la frontera oriental, lo que a la postre resultó decisivo en la segunda guerra mundial.

Apanasenko murió en la famosa batalla de Kursk, el 5 de agosto de 1943. "Lo que hizo en el extremo oriente contribuyó tan enormemente a la victoria final que, con seguridad, debiera ser considerado uno de los jefes militares más

excepcionales de la segunda guerra mundial.” (pág. 280.) No nos cabe ninguna duda.

6. La última parte del libro, “El Stalin desconocido”, es la que da el título al libro, y en ella se cuentan tres aspectos: el de la rusificación de Stalin, el asesinato de Bujarin, y la relación con su madre. De ellos, el de la relación con su madre desde luego es el más curioso y menos conocido, mientras que el de Bujarin recibe un enfoque diferente al acostumbrado, tal es el alcance histórico de semejante proceso.

En el primer capítulo, el de Stalin como nacionalista ruso, se narra la curiosa historia según la cual Stalin no era hijo de Vissarion Dzhugashvili, sino del ilustre explorador y geógrafo ruso Nikolai Przhevalsky. El mito fue defendido, entre otros, por el historiador Edvard Radzinski, e incluso una nieta de Stalin, Galina, confirmaba la presencia del explorador en Gori. La única razón de que se sacase tal parecido está en que el retrato de Stalin de Karpov de 1946 se había hecho tomando como modelo el rostro de Przhevalsky, que nunca estuvo en Georgia. Se debate posteriormente un tema de extraordinario interés en la actualidad de la descomposición de España como estado nación por la presión centrífuga de los nacionalismos emergentes alentados por políticos insensatos, impulsados por los intereses bastardos de los votos y la perversidad del sistema democrático. En el mismo origen de la Unión Soviética se planteó un debate entre Lenin y Stalin a cuenta de las nacionalidades y la configuración del modelo de estado que tiene muchísimo interés. Los autores incluso señalan que en aquel debate fue verdaderamente Stalin quien llevaba razón frente a Lenin, que defendía las tesis más federalistas y descentralizadoras del poder, precisamente por la deriva posterior de la URSS y su rápida, casi repentina, desaparición. La propuesta de Stalin era organizar una especie de estado con autonomías con competencias restringidas, excluyendo el transporte, el comisariado militar y la diplomacia, que estarían centralizados. Cuando Lenin reabrió el borrador de Stalin, ya aprobado en los Comités Centrales del partido de todas las repúblicas salvo Georgia, se indignó. Lenin advertía de la amenaza chovinista rusa que era la culpable de la organización de un aparato unificado. Parece, según los autores, que Stalin era menos optimista en relación con la expansión de la revolución en Occidente, y era partidario de que había que prepararse para estar en situación de repeler una agresión. Lenin escribió un *memorandum* que sólo se hizo público en 1956, en el que ridiculizaba a Stalin por su postura centralista. Para los autores, fue este modelo centralista el que habría permitido la economía centralizada y la rápida industrialización del país: “Y si en vez de la URSS con sus repúblicas “autónomas y unidas” (estas últimas dotadas de un verdadero derecho a escindirse) se hubiera instaurado una federación rusa ampliada, como Stalin había imaginado en un principio, eso sin duda habría conllevado una más rápida integración económica, política y étnica del país” (pág. 291). La disputa sobre la constitución llevó a Lenin a escribir su testamento político, en donde deja a Stalin en mal lugar. Stalin guardó siempre, como indican los autores, una carta de Lenin en la que le exigía que pidiera disculpas a la Krupskaja por haberle faltado el respeto.



No sabemos cual hubiera sido el desenlace de la historia de la URSS con un modelo de estado diferente, lo cierto es que esta cuestión indujo a toda una serie de discusiones, cuando ya muerto Stalin, Jruchov inició reformas para la descentralización del país y la distribución de competencias en economía que a la postre resultaron ser ineficaces. Esta misma política encontró serias resistencias dentro del partido y fue aprovechada para deshacerse de sus contrincantes en la campaña contra el llamado “grupo antipartido”, que defendía la centralización económica. Por otra parte, el modelo chino que tanto aprovechó la experiencia soviética siempre planteó un sistema muy centralizado y autonomías restringidas. La desmembración de la URSS, sobre la base del derecho de secesión de sus repúblicas, fue instantánea, desde el momento en que una de ellas, la más poderosa, la Federación Rusa, se bajó del barco. (Afortunadamente, en España la Comunidad Autónoma de Madrid es particularmente pequeña y joven, lo que hace muy difícil que protagonice algo semejante a lo que hizo la Federación Rusa en la URSS. Sin embargo, si hubiera estado integrada en la Comunidad Autónoma de Castilla La Mancha, las cosas podrían haber ido mucho peor. Pero, en la URSS, los efectos de decisiones tomadas durante los primeros años 20 sólo pudieron verse setenta años después.)

Si hubo intentos de fomentar una verdadera conciencia “soviética”, una identificación de todos los ciudadanos de la URSS con el nuevo hombre soviético, durante la primera etapa de la URSS, en los años treinta, y con la amenaza nazi, y el inicio posterior de la guerra, el giro hacia el patriotismo ruso fue completo. Según los autores, esto se puso de manifiesto en el discurso del 3 de julio de 1941, donde Stalin definió la guerra como una “guerra patriótica”, y aun hoy en día así se llama en Rusia, “la gran guerra patria”. Con la batalla de Stalingrado se cambió el uniforme, recuperando las tradiciones militares rusas, y el orden jerárquico tradicional. La recuperación del nacionalismo ruso alcanzó su cénit en 1943 cuando se legalizó por completo la Iglesia ortodoxa rusa (algo que suelen olvidar los observadores actuales de Rusia). Se liberaron a curas y se proporcionaron parroquias, etc. También en 1943 se disolvió la Komintern.

Aunque algunos han explicado la deportación de muchas etnias del Cáucaso como castigo por su colaboración con los nazis, lo cierto es que la mayoría eran musulmanes, y fueron sustituidos por bielorrusos y ucranianos cuyas aldeas habían sido devastadas por la guerra. Desde el punto de vista ideológico también se fomentó un revisionismo histórico y la recuperación de símbolos rusos, películas, y hasta un cambio en las instituciones escolares, etc. A partir de 1948 también el antisemitismo tradicional se recuperó, seguramente en función del pro-americanismo del recientemente creado estado de Israel.

Algunos autores como Valeri Chalidze, creen que Stalin no era realmente comunista, y que su estrategia obedecía a un plan secreto orientado a la eliminación de los comunistas. También Robert Daniels asume estas tesis. Sin embargo, los autores consideran que Stalin era realmente un marxista

convencido. También Lenin y Trotsky hacían uso de la violencia. Las propuestas modernizadoras de Stalin habían sido dictadas por Trotsky ya en 1924, etc. La cuestión de si fueron fieles a un programa marxista real es impropio o metafísica. Si la revolución se hace conforme a un guión abstracto, evidentemente todo el plan es un absurdo. Y lógicamente, la integración de los planes políticos en función de las condiciones materiales del estado ruso, es un punto de *realpolitik* que da cierto sentido común a la política de Stalin, aunque ello sea a costa de negar ontológicamente la propia doctrina del materialismo histórico.

El siguiente capítulo aborda, con abundantes datos biográficos de gran interés, el tema del asesinato de Bujarin, un acontecimiento que nos deja tan estupefactos como siempre que se aborda este asunto. Es muy difícil entender por qué se procedió del modo en que se hizo. Pero lo más probable es que la cuestión no reside tanto en quién murió, sino si no hubiera ocurrido lo mismo cambiando los personajes de puesto. Resulta desagradable ver a Bujarin, que podría haber hecho frente a Stalin, sometido, humillado, tratando de que no aparecieran diferencias entre él y el resto, sin hacerles frente y plantarles cara, con una fidelidad que aparcaba todo cuanto él consideraba verdaderamente criticable. Había sido derrotado, pero en vez de asumir su derrota y huir, como Trotsky, siguió mendigando un puesto al lado de Koba, que lo utilizó y lo liquidó. Nadie quería tener un compañero así con Stalin. Nombrado director de *Izvestia* el 17 de diciembre de 1933, seguía contando con opositores de izquierda y derecha, poniendo de manifiesto que su sumisión al líder no era real y traicionando a Stalin, que seguro veía esto con verdadera incomodidad. Afortunadamente, mucha documentación sobre el acoso y derribo a Bujarin ya ha sido publicada en español. Últimamente, el libro *La lógica del terror*, del que ya hemos hablado aquí, presenta traducción de muchos documentos taquigráficos de los plenos del Comité Central en los que Bujarin fue acusado y en los que se defendió de una manera firme y sorprendente, con gran sagacidad, poniendo de manifiesto muchas de las claves que aun hoy pueden ayudar a comprender mejor cómo se generó aquella locura de sangre.

El capítulo va desgranando año a año la campaña contra Bujarin, desde 1931. Como dicen los autores: "Stalin jugaba con Rikov y Bujarin como un gato bien alimentado juega con un ratón medio muerto" (pág. 312). Lo que es llamativo es que entre todas las acusaciones y careos que sufrió, además de mostrarse como inocente y objeto de calumnias, al parecer, casi siempre consideró a los demás como culpables, aunque hubo excepciones, como Tseitlin y otros. Sin embargo, ésta es verdaderamente una clave del asunto. El haber pretendido estar siempre entre los acusadores a pesar de ser él mismo el acusado.

El 23 de febrero de 1937 tuvo lugar el pleno del Comité Central que abrió uno de los más negros capítulos de la historia del partido, y de la URSS, según los autores. Bujarin discutió con todos, particularmente con Stalin (las actas de este pleno están recogidas y traducidas al español en *La lógica del terror*). En el libro podemos ver detalles de ese diálogo ya conocido, pero

escalofriante. El pleno del Comité Central estableció una comisión de 36 miembros para preparar el veredicto contra Bujarin y Rikov. Estaban en esa comisión la Krupskaya, Maria Ulianova, Maxim Litvinov, Jruchov, etc. En la carta escrita y memorizada por la tercera esposa de Bujarin, la joven Larina, Bujarin sigue negando cualquiera de las acusaciones de conspiración que pesan sobre él. La comisión decidió que fueran detenidos por el NKVD y que siguieran las investigaciones, tal y como propuso Stalin. Era un esfuerzo por dilatar la agonía. Inmediatamente después, fueron detenidos. Gracias a la presión ejercida en relación con el destino de su familia, Bujarin terminó firmando su declaración en junio de 1937. Bujarin finalmente se rindió. Su esposa Larina y su hijo fueron enviados a Astracán, aunque él pensaba que al firmar se habían salvado. Al parecer, Bujarin consideraba que en cualquier caso no le matarían, y parece que había advertido a su esposa de que no se asustara al oír las barbaridades que se dirían de él.

Lo más interesante de este capítulo, sin embargo, es todo lo que se refiere al estudio de los manuscritos que Bujarin escribió y dejó en la cárcel durante el año de internamiento, así como algunos datos nuevos, como lo que se refiere al Pleno del Comité Central del 4 de diciembre de 1936 en los que se aprobó el texto definitivo de la constitución de la URSS realizado por una comisión presidida por Bujarin. Allí Yhezov ya había pedido que Bujarin fuera expulsado del partido. Hubo un careo con acusados como Piatakov, Radek, etc. Lo demás resulta ampliamente conocido, aunque el enfoque del ensayo, desde la perspectiva de las relaciones personales de Bujarin con Stalin, tiene un interés particular. Esta información fue proporcionada a los autores a través de las conversaciones que tuvieron con Larina en los años 70, además de recuperar datos de sus memorias, etcétera (pág. 311).

El juicio de los autores sobre los textos de Bujarin no es muy positivo, su peculiaridad reside particularmente en el hecho de que fueron escritos en la cárcel. Bujarin había escrito una carta a su esposa Larina en la que le anunciaba los trabajos que había hecho y lo que debía hacer con cada uno de ellos de cara a su publicación. En la carta se observa que Bujarin contaba con llegar a reunirse con su mujer posteriormente. Larina, sin embargo, sólo pudo leer la carta ya en 1992. Afortunadamente, se había conservado en el Archivo presidencial y llegó a su destinataria gracias a los esfuerzos del investigador Stephen Cohen, biógrafo de Bujarin. El más extenso de ellos es uno que lleva por título *Arabescos filosóficos*, en el que no hay, para los autores nada particularmente interesante. Seguramente, la parte más importante del legado de Bujarin correspondiente al final de su vida no está tanto en sus textos de la cárcel, sino en todo lo que dejó dicho en su defensa ante los órganos del partido durante los años 1936, 1937 y 1938.

También escribió un libro de poesía que los autores no comentan por considerarlo de escaso interés. Incluía varias Odas a Stalin. El hijo de Bujarin y varios historiadores pusieron en marcha la Fundación Bujarin, donde se han publicado muchos de los manuscritos de la cárcel. Otra de las obras que Bujarin escribió en la cárcel se titula *Socialism and its Culture*, donde, al parecer, seguía alabando a Stalin y su política cultural. Parece, según



diversos historiadores, que también estos manuscritos fueron escritos para Stalin. El libro es una verdadera apología del Partido y del régimen, de Stalin y la dictadura del proletariado (pág. 322). “Qué podría escribir Bujarin sentado en su celda, en la extensa sección del libro que lleva por título “Socialismo y libertad”, -se preguntan los autores con obvia razón.

En cuanto a los *Philosophical Arabesques*, para los autores, al menos este texto pone en su sitio la talla de cada uno de los teóricos del marxismo: si Bujarin fue un buen divulgador del marxismo, Stalin habría sido un verdadero vulgarizador. Cuando Bujarin le dice a su mujer en su carta que esta obra es “pura dialéctica”, está respondiendo al juicio que Lenin hizo sobre él en su testamento, según el cual la obra de Bujarin está carente de dialéctica. Stalin utilizó estos argumentos contra él en diversas ocasiones.

El testamento de Lenin -qué cosa tan horrible (p. 324)- tuvo un efecto demoledor sobre todos los responsables políticos que Lenin citó y valoró. Cada uno tuvo que cargar con la parte de mediocridad que Lenin le atribuyó. Stalin también tuvo la suya. Ciertamente, el testamento guarda también un sentido filosófico, sobre la escuela en la que se inserta, pero Lenin no solamente era el maestro filosófico de todos los que le siguieron, también fue el fundador de la URSS, por eso aquellas apreciaciones teóricas tuvieron un efecto trágico. En todo caso, que un filósofo deje a la posteridad su propia evaluación de sus seguidores resulta para estos una verdadera carga, tanto para los que quedan incluidos en él, como para los excluidos. Si el maestro es suficientemente célebre, su testamento teórico se convierte en una trampa para sus discípulos, sobre todo cuando la doctrina filosófica argumenta ser infalible y haber alcanzado las verdades inmutables que rigen las leyes de la vida social. Algo parecido debió de ocurrirles a los pitagóricos de Crotona, hasta que los echaron a “tortazo limpio”. Aristóteles tampoco debió quedar muy satisfecho al ver que heredaba la escuela precisamente el sobrino de Platón, Espeusipo, y no él. En el testamento de Lenin se mezcla lo estrictamente teórico con la cuestión política. Stalin también se libró de todos los teóricos que le podían hacer sombra, y quiso él mismo presentarse como el último gran teórico. Malenkov, cuando previó la posibilidad de ponerse al frente del partido, llenó las estanterías de su despacho con los clásicos que formaron el pensamiento marxista, con el fin de adquirir la suficiente formación teórica que un secretario del partido debería tener. En gran medida, los dirigentes del partido Comunista soviético debían ser los mejores filósofos de la escuela marxista, algo así como los “papas” del marxismo. Así que cuando Lenin comenzó a valorar a cada uno, según su capacidad de organización y de comprensión de la ideología marxista, estaba poniendo las bases de la sucesión. Pero Lenin no designó a nadie como sucesor, bien porque en su soberbia interpretara los esfuerzos de sus seguidores con el recelo que produce el temor de que le pudieran “hacer sombra”, o tal vez por creer que nadie podría estar a su altura. Tampoco Stalin tuvo tiempo de señalar un sucesor, de la misma manera que no quería sombras, pero en cualquier caso nadie estaba dispuesto a que se colara un documento de este tipo firmado por Stalin. Cuanto más cerrada y doctrinaria es una escuela más efecto tiene sobre sus seguidores semejante tipo de juicios póstumos.

La valoración que los autores hacen de la obra de Bujarin pone de manifiesto el hecho de que existía una verdadera rivalidad entre Bujarin y Stalin en cuanto intérpretes del marxismo, y pertenecientes a la escuela del materialismo histórico y dialéctico. En todo caso, los *Arabescos* es considerada como una de las obras más originales de entre todas las escritas por los filósofos soviéticos de la época, como Mitin, Yudin, Chagin, o Alexandrov. Por lo que se refiere a la novela autobiográfica, se publicó en Moscú en 1994, con poca repercusión aunque evidente interés.

En cuanto al proceso de Bujarin, el libro aporta los testimonios de personajes que estuvieron presentes, tales como Iliá Ehrenburg, Ed Stevens, antiguo corresponsal del *Manchester Guardian*, y Yevgueni Gnedin, que era responsable en 1938 del Departamento de Prensa del NKVD. Con su testimonio, se añaden nuevos datos del juicio espectáculo contra el bloque trotskista-derechista de marzo de 1938 en la sala Octubre de la Casa de los Sindicatos. El proceso comenzó el 2 de marzo y terminó el 13 de marzo de 1938. Uno de los asuntos que más se han debatido es el del comportamiento de Bujarin durante el proceso. ¿Fue un cobarde, como apunta Solsenitsin, o bien un valiente, como sostiene Stephen Cohen? Una de las cosas más interesantes que se comentan en el texto es que en el año 1995 apareció el registro taquigráfico completo del juicio, con las marcas y los tachones de Stalin realizados para la edición. Según Larina, parece que a Bujarin le convencieron de que realmente no lo matarían, y seguramente por esta razón no se atrevió a reaccionar como Solsenitsin hubiera deseado.

Diez y ocho acusados fueron sentenciados a fusilamiento. Bujarin apeló el juicio con una carta verdaderamente impresionante, tremenda, que se puede leer en el libro (pág. 331). Aquella carta terminaba con las palabras “Koba, ¿por qué necesitas que yo muera?” Stalin guardó la última carta de Bujarin en uno de los cajones de su despacho el resto de su vida. Quién sabe si en la muerte de Bujarin no está de fondo la figura noble de Sócrates que con su muerte asumió el juicio de la ciudad y la puso en evidencia. La muerte de Bujarin ha sido para la Unión Soviética un punto de referencia, una inflexión definitiva, la prueba de que el modelo había abandonado sus principios. En la defensa de Bujarin, que se lee en *La lógica del terror*, apela a la cuestión de si el Comité Central es juez suyo o no, o si lo es el Estado, y parece asumir con la carta que Larina memorizó el papel de víctima al estilo socrático.

El último capítulo del libro, dedicado a la madre de Stalin, indaga sobre uno de los aspectos verdaderamente menos conocido de Stalin, su relación familiar. A su madre le llegaría a explicar en su última visita, que era una especie de zar, y a ella la trataron como a una reina, aunque vivió siempre con la modestia y austeridad propia de toda su vida y de su clase. También en este ensayo se hace una importante criba contra bulos y mitos ridículos dignos de ser conocidos. En Gori todavía existe un museo Stalin en la casa de la familia Yugashvili. A partir de 1922 la madre se fue a vivir a Tiflis, en la casa del virrey ruso del Cáucaso, una verdadera ironía, visto desde la perspectiva del presente. La fecha de nacimiento de Stalin ha podido ser

fijada por documentos de archivos eclesiásticos aparecidos en 1990, de manera que se sabe que Stalin no nació el 21 de diciembre de 1879, sino el 6 de diciembre de 1878 en Gori, ciudad hoy tomada por las temibles tropas rusas.

El relato periodístico que refiere la visita de Stalin a su madre contrasta con la verdadera reconstrucción de la visita que refieren los autores. La madre, una mujer religiosa y humilde aparece tratada como una madre soviética modélica, etc., etc. Historiadores como Radzinski, o Antonov Ovseenko, son criticados por levantar falsos testimonios acerca de esta relación, que ellos interpretan como una relación atormentada entre madre e hijo, etc. Si Stalin no acudió a los funerales por la muerte de su madre, ocurrida el 4 de junio de 1937, ello no se debe a una relación supuestamente atormentada, sino al hecho de que ocurrió precisamente en el medio de los preparativos contra los comandantes del ejército de 1937, que fueron todos ellos fusilados. En Moscú -señalan- se fusilaba a unas 1000 personas diarias por aquellas fechas. Entre las coronas de flores recibidas en el funeral, había una que decía "para nuestra querida Yekaterina Sergueievna Dzhugashvili, a la que nunca olvidaremos, de Nina y Lavrenti Beria". Beria cargó con el ataúd el 8 de junio en el funeral.

A través de la figura de Stalin, la historia de la ciencia contemporánea, del nacimiento y desarrollo de la llamada *big science*, y la historia política, económica y militar de la URSS, aparecen integradas en un tronco tenso, venoso y retorcido, por entre cuyos poros transpira y sangra la vida de los hombres.

**Chipiona, 11 de agosto de 2008**